

Dirijase la correspondencia literaria a la Dirección: Doctor Pu- lido, 4

EL ECO ESCOLAR

SEMENARIO ESTUDIANTIL

Dirijase la correspondencia administrativa a la Administración: Tostado, 3.

AÑO I.

SEGUNDA ÉPOCA.

SALAMANCA, 8 DE DICIEMBRE DE 1918.

NUM. 22.

VACACIONES

Palabra mágica a los oídos estudiantiles; pero tal va siendo el uso y el abuso de las mencionadas vacaciones, que los propios estudiantes vamos pensando en que esta forma de libertinaje docente no debe continuar.

El 4 de Noviembre principiaron las clases en los centros de Salamanca, y el 30 terminó su normalidad. Total: diez lecciones, mal contadas, en las clases alternas, y veinte en las diarias, descontando días festivos y otros festeados.

Así no hay posibilidad de que los programas puedan terminarse. Pero en esto hay un equívoco que conviene deshacer. Suele culparse únicamente a los estudiantes, y no es exacto; claro que tenemos buena parte de culpa y que debiéramos ser más reflexivos, y hacernos cargo de nuestros personales perjuicios. El principal culpable es el Estado, con su cuerda de servidores docentes, desde el Ministro de Instrucción pública hasta el último bedel, que dejando de cumplir sus deberes, toleran que no los cumplamos nosotros.

Recordando los célebres versos de Sor Juana de la Cruz,

¿Cuál será más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

preguntamos: ¿qué hace el Estado, que paga, y los jefes, profesores y bedeles, que cobran, y los padres de familia, que encuentran muy bien el que el pago de la patrona se reduzca al menor número de días posible?

Claro que hay sus excepciones, y en estos días se han visto bien honrosas, para profesores de Salamanca, que han sabido convencer a sus alumnos. No hizo otro tanto una señora, que declaró plena vacación el día 2 del corriente. Se haría la cuenta que mejor que hacer labores de costura en clases de noche, era que las alumnas estuvieran en su casa.

Y hasta cierto punto no le falta razón.

Pobre chica...
la que tiene que sufrir
labores a oscuras
y señoras así...

En el año 1640, dice la *Historia de Salamanca*, el Claustro de esta Universidad elevó queja de que los estudiantes se tomaban las vacaciones el día de Santa Lucía, 13 de Diciembre. ¿Qué dirían ahora aquellos señores y los que en mejores tiempos aguardaban el día de Nuestra Señora de la O, o del punto, que es el 8?

No lo toméis a broma: los estudiantes estamos desconocidos; en pasando estas Pascuas (en las que deseamos a todos los estudiantes muchas felicidades y turrón), queremos vida nueva,

princiando porque Ministros, Directores y Profesores tomen en serio esto de la enseñanza, a lo que, sin duda, ha de contribuir eficazmente nuestro nuevo y querido Rector, señor Maldonado.

ASNIAM.

Semblanzas femeninas

XXI

Difficil me va a ser daros a conocer, simpáticos lectores, el nombre de mi retratada.

¿Qué importa que os diga que es bella, simpática, alegre y juguetona?

Por eso yo quiero buscar algún otro dato que os ilustre y acabe de dar los últimos toques de pincel a mi mal trazado retrato.

Pocas veces la veréis en la calle y en los paseos, porque guarda su alma para los suyos, y su corazón para el que lo conquistó en días no muy lejanos.

Eso sí: el teatro la atrae, porque allí va a buscar lecciones de vida, de amor y de desengaño, de alegría y de desconsuelo.

Mas parece que ella siempre encuentra alegrías que se reflejan en su bello semblante, al compás de su andar bullicioso y juguetón.

Tu ventana rondaron largo rato multitud de admiradores, y al ver que uno ya había logrado lo que tantos pretendieron, seguro estoy de que alguno de ellos aun gime nezesariamente, recordando su ilusión perdida, que fuiste tú.

EL CABALLERO GALANTE.

LA LUZ DE LA AURORA

Dedicatoria: A mi buen amigo, J. Calvo Alcántara.

¡Con qué placer despierta el pajarito al recibir los besos de la aurora!
Despierta también a tales horas la hermosa soledad de lo Infinito.

Despiertan los claveles, que, floridos, florecen a la luz de la mañana,
y despierta la alondra, que desgrana en el aire sus trinos doloridos.

Despierta la alameda con canciones de eterna y alegre melodía,
y con grande fervor, al ver el día, elevan los benditos oraciones.

Despiertan con placer las aldeanas, al ver de la mañana los colores,
y escuchan un cántico de amores tras los hierros de su alegre ventana.

¡Y con qué placer en horas tales, recibiendo los besos de la aurora, canta un poeta con su voz sonora ante un ancho palacio madrigales.

A. MARTINEZ VEGA.

Figuras del Claustro

D. JUAN DOMINGUEZ BERRUETA

Subimos la escalera que nos conduce a la cátedra número 6; entramos, y la grave figura del Profesor aparece ante mi vista. Su alargada cara, terminada por negra perilla, me ha hecho que recuerde un momento los cuadros del Greco.

Entramos; los alumnos se colocan en sus puestos, después de un momento de religioso silencio, el Profesor, con voz débil, va nombrando a cada uno de los alumnos, que, respetuosos, contestan, para evitar una falta. Termina el señor Berrueta de nombrar a todos, y acto seguido, el sentenciado de aquel día, se levanta de su asiento, y pálido y tembloroso se coloca entre los planos del diedro que forman los tableros de la clase de Geometría. El tic-tac del reloj que don Juan coloca sobre el pupitre, claramente se percibe... El interrogatorio comienza. El señor Berrueta mira al alumno que nervioso espera, y le pregunta: «¿Qué es un diámetro?»

«La mayor de las cuerdas, dice el alumno balbuceando.»

—Por qué, le contesta rápidamente don Juan.

Y aquel por qué, desconcierta al incipiente matemático, que, silencioso, contempla cómo le pone el Profesor un cero más a continuación de su nombre.

El alumno, con lágrimas en los ojos, se coloca en su puesto.

Los alumnos se apresuran a abrir la Geometría. Don Juan va a preguntar uno por uno, cuestiones dadas en lecciones anteriores. El señor Berrueta no levanta la cabeza de la lista; uno por uno va llamando a los alumnos y colocándoles el cero sacramental. Menos mal: Juanillo que tiene buen corazón y ha percibido desde la puerta el desastre y la carnicería de aquella clase, ha tenido a bien dar la hora cinco minutos antes.

Los alumnos bajan, no con la alegría propia de los estudiantes a la salida de las clases, sino con temor de conejo, que sólo le han tocado los perdigones en las orejas.

Después don Juan se marcha a su casa; allí, ante inmaculadas cuartillas, recuerda los años de su infancia, los monumentos salmantinos, el cedro universitario, el Campo de San Francisco; y escudriñando sus recuerdos de esta Salamanca, comienza a escribir: «Casas solariegas, torres, palacios, caserones históricos de Salamanca, no me importa vuestra arquitectura, sino vuestro color, color de pátina, dorado al sol...»

EL BEDEL.

VIDA UNIVERSITARIA

EL NUEVO RECTOR

El sábado, 30, fué día de alegría para los estudiantes salmantinos. Reunidos estábamos en el tradicional brasero, cuando llegó la noticia del nombramiento de Rector. ¿Quién? Era la unánime exclamación que salía de todos los labios. Y al oír que nuestro querido maestro, don Luis Maldonado, había sido el designado para ocupar el sillón rectoral, vacío durante unos meses, la alegría no pudo menos de aparecer en todos los semblantes de los escolares, y el nombre de don Luis brotaba entre risas juveniles.

Decididos estaban los escolares a haber aclamado a su Rector por calles y plazas, si éste no hubiera respetado la pena que hoy sufre por la pérdida de su querido hijo; decididos estaban los estudiantes salmantinos a manifestar su alegría, pues creían que el señor Maldonado merecía, en el día de su nombramiento, un rojizo *vitor* en el patio universitario...

Don Luis llegó a la Universidad, y al verle, nos acercamos a él, y emocionado nos estrechó la mano a todos los estudiantes, diciéndonos: «yo no lo quiero, y aunque ayer firmó Su Majestad mi nombramiento, creo que yo no seré el Rector de esta Universidad». Un grito de protesta brotó de todas las bocas y un *no, señor*, enérgico de todos los labios.

El miércoles pasado, don Luis tomó posesión del nuevo cargo y de la nueva carga. Reunido con los catedráticos estaba, para la toma de posesión, cuando Agustín nos anunció que el señor Maldonado nos rogaba entrásemos los estudiantes; en este acto solemne no quería que faltasen sus queridos escolares. Acudimos gustosos a esta cariñosa invitación.

El señor Esperabé entregó al nuevo Rector el bastón de mando, añadiendo estas palabras: «Tomad, querido amigo y venerado Rector; sea para muchos años, en amor a los compañeros, en provecho de los alumnos y en loa de la Escuela celeberrima».

Don Luis lloraba; las palabras no pudieron traspasar sus labios, y únicamente transparentes lágrimas fueron expresivo lenguaje de los sentimientos que le embargaban. El señor Maldonado no pudo hablar; pero nosotros claramente comprendimos sus palabras...

Todos salimos emocionados; y un mismo pensamiento cruzó por nuestra mente: «que sean esas las únicas lágrimas que le proporcione el enojoso cargo.»

Para la Universidad de Salamanca fué el 30 de Noviembre de 1918 fecha memorable de su celeberrima historia. Y nosotros, orgullosos al ver que nuestra querida Universidad vuelve a ser la luminosa antorcha que ilumine el mundo, exclamamos alegres: *Omnium scientiarum princeps Salmantica doct.*

EL CURIOSO KIND.

ADVERTENCIA.—Los suscritores o personas que quieran que se les mande fuera de Salamanca este semanario, darán aviso al administrador, previo pago de la suscripción.

LA SENSIBILIDAD FEMENINA

Cuidadito, pluma mía, que te has metido en un laberinto, de más difícil salida que el de Creta, y a poco que te excedas, verás lo que te cuesta.

Pero con toda la buena intención y respeto al sexo femenino, a quien no puedo menos de admirar, pues tengo el corazón muy sensible, me voy a permitir unas pequeñas consideraciones acerca de la sensibilidad femenina.

Después de leer infinidad de obras y artículos, que hablan de la mujer, he resuelto escribir por cuenta propia.

El corazón femenino es tierno, sensible, de una delicadeza extremada, que un poeta compararía a una sensitiva.

Pero después de sentada esta afirmación, voy a atreverme a sentar la segunda: en el corazón de la mujer se encuentra poco más que un manojo de nervios.

¡Quieren mucho, oh, muchísimo! Pero a esa cantidad de amor, quitad la parte proporcional de nervios, y veréis a qué queda el amor reducido.

Porque hay muchas formas de manifestarse la sensibilidad nerviosa de una mujer. El capricho por tal o cual sombrero, el antojo por el abanico de tal o cual clase, el berrinche por ir a casa de una amiga, no son más que manifestaciones de una cantidad mayor o menor de nervios.

Porque, la mujer, por regla general, no es más que una botella de Leyden, en que a fuerza de su constante aislamiento, mayor separación de las demás, y menos trato, se va acumulando una cantidad enorme de electronevrosidad, que se descarga al menor contacto; y que lo mismo puede ser el choque de una mirada amorosa, como una reunión en que se desborda su nerviosismo.

No por eso (ya lo dije anteriormente), niego a la mujer su exquisita sensibilidad.

Voy a poner un ejemplo.

Un grupo de mujeres asomadas al balcón o mirando tras los cristales, ve caer a una persona en la calle. Instintivamente todas se levantan, dan un grito expresando su sentimiento, o tapándose la cara con las manos.

Y si a los pocos instantes pasa entre ellas un insignificante ratón, vuelven a gritar descompasadamente, y se suben en las sillas sacudiéndose con prisa las faldas, demostrando de ese modo el sentimiento que, a consecuencia de tan

desagradable incidente invadió su alma.

En ambos casos ha habido gritos ahogados y manifestaciones de sentimientos, y quizás... agua de azahar.

Yo, además, creo otra cosa: lo que en los dos casos ha predominado, han sido los nervios.

¿No es verdad, bellas sensitivas, que diría un poeta?

EL FILÓSOFO RANCIO.

ME REVIENTA; SÍ, SEÑOR

(LETRILLA)

A las niñas, pollos, más, solteronas, viejos chochos, etc., etc., que van a pasear a la vieja y tradicional Plaza Mayor, dedico estas improvisadas estrofas, que, aunque yo no soy «poeta», ellos me las han inspirado.—EL CONDE DE MONTECRISTO.

La niña que va a la Plaza cubierta de perifollos, y va incitando a los pollos que pasarán a su lado a que la miren y sigan y mil bobadas la digan, pues va en busca del amor: *me revienta; sí, señor.*

El pollo que almirado, como una mujer, se pone, y el cabello se compone con horquillas y rizados, y se pone en la camisa unos cuellos que dan risa, para parecer mejor: *me revienta; sí, señor.*

La mamá que, siendo fea y llena de desengaños, quiere mostrar pocos años; y, llevada de esta idea, siendo ya más que jamona, se pinta como una mona, creyendo que hace furor: *me revienta; sí, señor.*

Viejo cubierto de achaques que en sociedad es muy verde y, haciéndose el pisa-verde, da a las mujeres ataques, y, al verlas, tierno, suspira, tose, babea y respira de un modo que causa horror: *me revienta; sí, señor.*

Solterona que fué bella... y por su genio endiablado, jamás un hombre ha encontrado que quiera cargar con ella, y, cuando hablan de un marido, dice que ella no ha querido admitir ningún amor: *me revienta; sí, señor.*

Hombre solterón que hastiado

de vicios y de placeres, habla mal de las mujeres y del mundo ha renegado, y el día entero se pasa hablando mal de *Tomasa, Irene, Luisa y Leonor: me revienta; sí, señor.*

La persona que, atrevida, en todas partes se mete y en asuntos se entromete de la reservada vida; y por afán de servir es siempre el hazmereir, aunque dispense un favor: *me revienta; sí, señor.*

Mujer que, estando casada, no se cuida del marido, ni se remienda el vestido, ni jamás da una puntada, y tan solo se desvela por leer cualquier novela que tenga lances de honor: *me revienta; sí, señor.*

Y el que esta letrilla escribe creyendo que escribe versos y son ¡ay Dios! tan perversos que el público los recibe y escucha sin rechistar, porque no le quiere dar una pita que dé horror: *me revienta; sí, señor.*

Todos a quien me refiero son personas conocidas, y si a alguna le molesto, o se da por aludida, que perdone a este poeta que jamás lo fué en la vida.

EL CONDE DE MONTECRISTO.

MIS RECUERDOS...

Cuando te miraba, veía en tus ojos la respuesta de mi amor; y por si tus ojos me engañaban, que al miran expresivos nunca engañan, te lo dije una noche silenciosa... Tú bajaste los ojos y nada respondiste; llamé a tu corazón y se negó a albergar el cariño que te sentía en aquella noche de luna. Pobre de mí: era un ilusionado que había divinizado el amor, era una ilusión el cariño de aquella mujer que tan falsamente me engañaba con sus ojos...

Busqué afanoso en mi juventud un porvenir brillante, trabajé sin descanso para conseguirlo, comprendí claramente cuán difícil es la victoria en la terri-

ble lucha humana, en la que cada hombre es un fuerte titán, y a brazo limpio y con nobleza luché y vencí... ¡Oh qué alegría en aquellos primeros días de vencedor! Con qué orgullo me paseaba yo por las calles de esta Salamanca, a ver a los que tenían aún que tomar parte en la lucha en que yo salí triunfante; y cómo te miré a ti, ¿te acuerdas cuando te ví por primera vez, después de aquel no de aquella noche triste...

Te vi, y una expresiva sonrisa asomó a tus labios. A mi pregunta bajaste los ojos, como entonces, pero ahora me dijiste: «te quiero». Mas, al decirme esta preciosa frase, ahora habló sola tu boca y no ví hablar a tus ojos, que a mí me decían mucho más, y aunque me dijiste, *te quiero*, no ví más que el cariño que tiene una mujer a aquel hombre por quien vive, no a quien quiere. Y siempre vi en tus palabras ese egotismo humano, no propio de ti, mujer que por ser divina, no debes dejar que invadan tu corazón estos bajos apetitos, sólo debe caber en él el sublime ideal de un amor puro, de un amor desinteresado.

El mundo, está lleno de desengaños me decían mis padres cuando yo pequeño reía y reía, sin que, ni en el momento, invadiera el tedio y la tristeza mi alma.

Ahora digo yo: el mundo está lleno de ilusionados, y al mirar mi vida pasada y ver en mí el primero de los que vivieron soñando, recuerdo en triste aquella noche triste, aquella fuerte cha; y al recordar, pienso, como desengañado, y repito con Campoamor

«Y en la edad de las pasiones y a vuelta de mil enojos hallarás, aire, sombras e ilusiones nada más, luz de mis ojos nada más.»

AMINAS.

Gran Hotel y Restaurant del Paseo Plaza Mayor.—SALAMANCA

¡Adiós... Salamanca!

(Novela original del estudiante de esta Facultad de Derecho, Agustín Lázaro Alvarez).

(CONTINUACIÓN)

Por la tarde fué a visitar a unos parientes lejanos; una señora, muy vieja y muy arrugada, pero seca y adusta, como de estirpe castellana, doña Dolores de Vázquez, cuya almita devota atemorizada por aquella aureola que, formada por sus aventuras juveniles, rodeaba a Alberto, trató de corregirle y asenderearle con buenos consejos en una plática, muy santa y muy buena, eso sí; pero más compatible con una niña que con aquel joven, hombre ya, de un carácter inquieto y un tanto desordenado. Alberto se aburría soberanamente, aunque se sintió aliviado cuando entraron en el salón y le fueron presentadas las tres nietecitas de la señora aquella, altas las tres, con esa palidez mate y morena de las castellanas, que le acogieron con efusión, un tanto cortada por el reparo que les imponía el apuesto y membrudo estudiante, que tan calavera les habían pintado.

—¿Qué tal vida se hace aquí?—interrogó Alberto. Y unánimes las tres hermanas contestaron: —Muy aburrida; no hay aliciente ninguno. —Pero ya habrá bailes, reuniones, teatros. —No—le contestó Luz, la mayor—bailes, sólo en el Casino, en Carnaval; pero abuelita no nos deja ir. En cuanto a reuniones, no las hay, por miedo a las

habladurías, y a los teatros vamos de tarde en tarde: algún domingo, si la función es moral.

Por la sala pasó la calma sedante de la vida provinciana y se vió en los ojos de Luz algo así como una ansia, que titilaba en el fondo, de liberarse de aquella vida que la abrumaba.

Aquella noche Alberto recordaba a Luz; pero prometió no volver a su casa por temor a otra de aquellas filípicas con que la buena señora le había favorecido.

Bien pronto nuestro héroe tuvo amistades, nacidas en los claustros de la Universidad, y no escasearon por su carácter tan simpático como por el celo de la ilustre prosapia y del bolsillo nada escaso y bien generoso de Alberto. Con sus amigos compartía en sus interminables paseos por la Plaza Mayor, y de entre ellos fué escogiendo los que estaban más acordes con su carácter; no era ninguno de ellos de esos estudiantes exclusivamente estudiosos, sino de los que sabían razonar los descansos con la ingeniosidad de su charla y de su carácter decididor. Entre ellos, dos eran los preferidos: José Puerto y Amador Valdés. El primero, parecía por su postura un arrogante mosquetero: cenceño, de negro pelo y más negros ojos, ensoñador, como buen artista, y meridional, como buen español; el otro, Valdés, tenía un tipo que parecía tomado de la bohemia negra y triste: semejaba un pajarraco negro, de hondas ojeras y afilado perfil; pero con un corazón tan sincero y un magín tan brioso, que le transformaba, en sus ratos de fiebre, en un belicoso mancebo que componía versos, en los que vibraba todo el impulso pujante de sus años juveniles.

Era un trío notable: inseparables se hicieron; los

conocían en toda Salamanca, tanto en los círculos más baja esfera donde reina la gallofa, y los follones y mandrines tienen su asiento, como en los burdeles más inmundos poblados, por hampones; allí se conocían y los tenían los más jaques y pintureros de oficio. En los garitos no había nadie como ellos para tirar la baraja y saltar la banca y en su presencia enmudecían los tahures más valientes. En la Universidad los querían los compañeros y tenían sus bromas los profesores; y cuando se vestían como sabios y podían hacerlo, e iban a las no muchas reuniones de la sociedad salmantina, eran los únicos para entretener a su pareja con lindezas y finuras, ni estrechar su talle con más elegancia a los acordes de cualquiera de esas danzas extravagantes, hoy en moda, de las que ellos eran maestros consumados disputados por todas las más bellas y elegantes miselas.

Pero la compenetración de sus genios no resultaba de ese género de andanzas, sino de lo que llaman las gentes extravagancias y ridiculeces, y que no son más que el producto de una refinada sensibilidad artística. Querían evocar aquellos pretéritos tiempos de leyenda. En las noches de luna, embriagados de ideal, se iban al atrio de la Catedral, y en aquella plaza tan bella, con el imponente Colegio de San Bartolomé, la Universidad y la Catedral, erigían un escenario más magnífico que pudieran soñar, en el que declamaban bellos versos que dedicaban a aquellas edades que tan hermosas se nos ofrecen, la capa y de la espada, del chambergo y la melena. En otras ocasiones recorrían aquellas callejas; moraban al Arcipreste y veían cómo a su compás surgían de entre las sombras, las imágenes picarescas que alegraban las vetusteces doradas, creían ve-

(Continuara)

LA ÚLTIMA CARTA

Perdona, Elena, si, intiel a mi palabra, voy a turbar de nuevo la plácidez de tu espíritu. Yo sé que, al quebrantar mi promesa, aquella noble promesa que te hice un día, de que nunca en la vida volvería a decirte nada, cometo una falta inicua y despreciable; yo bien sé que, al coger la pluma para volver a escribirte, mi mano traiciona impunemente aquel santo y eter-

traicida silencio que un día te ofreciera. Pero, a pesar de todo, y aun comprendiendo, como comprendo, mi cruel y torpe bajeza, como comprendo, mi perdón y suplico humildemente tu perdón y suplico a tu alma, que cubra mi osadía con el compasivo velo de tu misericordia. Con razón te extrañarás de que te escriba, después de prometer que no lo haría. Te lo voy a decir... Hejeando ayer tarde mi libro favorito—*La Divina Comedia*—, hallé, sin esperarlo, oculta entre sus hojas, una carta tuya. La última que recibí. Aquella última carta, portadora de tu ingrata despedida a un cariño que fué. Dugrata despedida entre volver a leerla o dejarla abandonada en aquel bello refugio que mi amor le buscara; pero un ardiente deseo se apoderó de mí, y poco a poco, casi instintivamente, fui desdoblado el papel, apareciendo a mis ojos todas aquellas palabras llenas de dolor inmenso y que tanta amargura traían consigo. Leí tu carta con el mismo temor y el mismo sentimiento con que lo hice el día que llegó a mis manos. Parecía que acababa de leer el destino de toda mi vida. ¡Si supieras cuánto daño me hizo! La profunda herida que me abriera en el corazón y que, a fuerza de voluntad, había conseguido cicatrizar por completo, volvió a desgarrarse de nuevo, como si el fino puñal que la causara, penetrara otra vez, para hacerla más honda, más intensa...

Por eso te vuelvo a escribir. Por eso voy a turbar de nuevo tu apacible calma, quebrantando la promesa que te hice un día. Y es porque ayer tarde volví a soñar en la vida ideal. Tu carta me hizo soñar. En un solo instante me vi transportado a aquel tiempo feliz en el que no vivía más que para tu cariño. ¿Te acuerdas? Risueños, como alegres pajarillos, uníamos nuestros pensamientos, para dejarlos volar juntos hacia un mundo imaginario, plétórico de ilusiones... Aquel florido camino que los dos trazamos en nuestro entendimiento, y por el que debíamos seguir, ufanos, hasta llegar al fin—tu falta de constancia no quiso que llegásemos— surgió otra vez en mi mente, como si, al evocar su imagen, quisiera verme ver, para mayor angustia, la dichosa senda perdida...

¡Qué pronto pasó aquella vida! Mi inquieto pensamiento la repasó toda con vertiginosa rapidez, volvió a flotar radiante en mi inseguro espíritu. Otra vez, como antes, contemplé tu lindo rostro, alegre y satisfecho, como cuando me querías... En mi memoria tornó a brillar un instante la viva luz de aquel amor purísimo, que no tenía que morir nunca. Y, sin embargo, ¡cómo varían los tiempos! ¡Con qué facilidad se cambian las ideas! Hoy, alejados uno del otro, estamos ya curados de aquella enfermedad ilusoria que tanto deseábamos padecer. La vida es así. Tu bien lo sabes. Por eso mi sufrimiento de ayer tarde, aunque muy intenso, fué momentáneo. La realidad me despertó enseguida. Mi sueño huyó hacia el olvido...

Una ráfaga de aire arrebató de mis nerviosas manos el dañino papel que aprisionaban y que mi necia fantasía quiso volver a leer. Así se deshizo mi encanto. Ya ves cuán fácil es olvidar. El aire tan sólo es capaz de destruir un ensueño de amor. Abierta la herida del corazón al contagio de aquel torpe recuerdo, quise cerrarla como estaba antes, ya que no merecías que siguiese manando sangre por tu amor perdido. Y la cerré ¡qué duda cabe! La rápida visión de aquel tiempo pasado se fué desvaneciendo poco a poco. Todo el sufrimiento de una hora, lo maté en un minuto.

Es cierto que te quise muchísimo; más de lo que tú has creído. Es cierto también que fué necesaria una gran fuerza de voluntad para alejarte de mí. Pero te arrojé al fin. Aun ahora confieso que algunas veces me acuerdo de ti en mi vida y hasta llego a compararte, para bien tuyo, con otras muchas mujeres que, siendo más

bellas que tú, valen muchísimo menos. Pero tu recuerdo ya no es más que una débil idea, fugaz y pasajera, que no puede vivir en mi memoria como vivió en un tiempo... Lealmente reconozco que ayer tarde, cuando hallé entre las hojas del libro inmortal del poeta florentino tu dolorosa carta, volví a sentir en un instante todo el fuego abrasador de mi antigua pasión por tu cariño; pero la misma facilidad con que logré vencerla, me da la mejor prueba de que te tengo olvidada.

Bien es verdad que desde entonces mi alma se siente fatigada, sin ánimo ni aliento para entregarse a un nuevo amor, que me trajera otras horas de ventura como las que tú me diste. Quizá por culpa tuya no logré hallar para mi dicha un firme corazón que, suavemente, haga revivir y volver a su curso mi cansada existencia. Si así ocurriera, sería el mayor castigo que el cielo me daría. ¡Quién sabe! Yo no soy pesimista. La felicidad se encuentra sin buscarla, y aun soy joven para perder la esperanza. Dejemos que ruede el mundo y sigamos soñando en la triste realidad de la vida...

Yo estoy seguro de que serás feliz. Esta carta mía, la última que te escribo, lleva consigo todo el buen propósito que yo tengo para tu felicidad. Ya sé que me olvidaste muy pronto. Tu memoria es tan frágil como lo fué tu cariño. ¡Qué más da! ¿Para qué recordar cosas lejanas? Ya que no logramos seguir juntos el mismo camino, sigamos cada cual el suyo. El mío, tal vez me llevará muy lejos. El tuyo, ¡quién sabe! Quizá algún día lleguemos a encontrarnos al cruzar por la vida...

Por de pronto, y para no sentir de nuevo tristes emociones, como la de ayer tarde, veo arder con satisfacción, en este momento tu última carta. Aquella carta portadora de tu ingrata despedida a un amor que fué. En la débil llama que despide, enciendo un cigarrillo, cuyo humo finísimo forma en el espacio una espiral interminable, que el humo, negro y espeso de tu carta, llega a deshacer. Así deshiciste tú nuestro cariño. Así quebraste nuestras risueñas ilusiones.

Leves cenizas quedan de tu carta. Quiero volver a recordarla y se estufa el recuerdo. Una ligera sonrisa compasiva se escapa de mi boca. Con ella se alejan para siempre los últimos suspiros de mi pecho. Ya puedo decir que no te quiero... que no te quise nunca...

LUIS FIGUEIRAS Y CRÉSTAR
Barcelona, Diciembre 1918.

ELLAS Y ELLOS

GALERIA FOTOGRÁFICA

I
En la calle que llaman la Rúa, asomadas a un gran mirador con cristales de varios colores, allí las vi yo.

Y cualquiera que cruce la calle, verá a alguna que sale a pasear: pues son cuatro las bellas mujeres que he de retratar.

Varios son los Tenorios galanes que la calle pasean sin cesar, sin contar que el amor en alguna ha anidado ya.

Y las otras que aún no han querido a ninguno prestarle el amor, es que esperan que cante a sus puertas algún trovador.

SE AFEIZA GRAZIS
(a los niños de pecho y a sus alimenticias amas.)
EXAJERADISIMA ASEPSIA Y BUEN SERVICIO EN LA
Pelquería de CASTRO
Pozo Amarillo, núms. 2 y 4.

II
Nació en tierras de Galicia, de lo cual está orgulloso; tanto que al hacer el oso, lo dice como blasón. Y no es que sea Tenorio el pollo que hoy os presento; pues se queda tan contento aunque le digan que no.

Enamorado de veras está de una gabardina que, aunque no es color marina, del mar recuerda el verdor. Bailes y cachupinadas en los que él no haya bailado es cierto que no se han dado, que es chico muy bailador.

Es camelista incansable, tiene amistades sin cuento, y se hace amigo al momento, previa la presentación. Aunque está débil la placa en que retraté a este chico, nadie se volverá mico buscando la solución.

DON OBJETIVO.

CHISMORREO Y MENUENCIAS

En la toma de posesión del nuevo Rector, señor Maldonado, dicen que el señor Esperabé, al entregarle el bastón de mando, lloró... de emoción. ¿Por qué sería?

Las paredes de las aulas universitarias están llenas de letreros como éstos: «¡Viva la República!», «¡Vivan los bizkaitarras!», «¡Viva Riego!», «¡Viva Alfonso XIII!», «¡Abajo los traidores!», etcétera.

Como se ve, parece que estamos leyendo el diario de sesiones de una de las Cámaras legislativas, y como sabe su señoría, señor Rector, es una de las cosas más desagradables que puede presenciar un español.

SE ADMITE COLABORACION DE TODOS LOS ESTUDIANTES EN LAS COLUMNAS DE ESTE SEMANARIO

Nos aseguran personas enteradas en este asunto, que el único político que ha trabajado con afán para nombrar Rector a nuestra Universidad, es el senador salmantino señor Sánchez y Sánchez, al que desde estas columnas felicitamos por sus gestiones.

Solamente haremos una pregunta: ¿Para cuándo reserva su eficaz actuación el senador por la Universidad?

Por virtud de Real decreto, acordado en Consejo de ministros, se ha ordenado a todas las Administraciones de Correos que establezcan un apartado especial para cartas amorosas, a fin de evitar conflictos a los enamorados y paseos a las complacientes criadas.

Esas cartas amorosas deberán llevar un sello nuevo, que está para ponerse a la venta, y que representará un oso sobre fondo amarillo.

Hemos recibido el primer número de el semanario liberal *Juventud*. Le deseamos éxito.

CONSULTAS AMOROSAS

I
Señor Kasó: ¿Haría el favor de decirme qué pretende un pollito vallisoletano, recién llegado a esta ciudad, al seguir a una inconquistable señorita vascongada?

Por la calle de las Muertes le vi anoche pasear, a un chico con gabardina, muy dispuesto a gansear. Yo le diré a ese pollito, que esa niña, mujer ya, ha dado calabacines a los bien de esta ciudad. —Eso no importa, adelante (seguramente dirá) ¿que me da otras calabazas? A hacer pisto... y Dios dirá. Pero ese incipiente amor que en su pecho hizo brotar, en la calle de las Muertes creo que le va a matar...

II
A usted me dirijo, señor Kasó, que todo lo sabe: ¿Es cierto que al elegantizado pollo y futuro *pica-pleitos*, señor Gil-Robles, le han dado estos días unas calabazas morrocotudas, a pesar de llevar botines?—Blas.

No creas, amigo Blas, que por vestir elegante consigue cualquier amante de una ninfa el dulce amor. Y aunque se puso botines, para rendir corazones, le han contestado que nones, por causa de... la calor.

III
¿Hay algo, señor Kasó, de los amores del científico joven señor Villameriel?—Pim-pam pum.

Se enamoró de una chica Villameriel amoroso, y haciendo apenas el oso le conquistó el corazón. Desde entonces todo rubio le parece, y en la vida tan solo amante suspira por esa dulce ilusión.

IV
¿Qué me puede decir el señor Kasó, de los amores de Agustín Sánchez Simón?—Nene.

Que es un terrible rival, tratándose del amor; y aunque éste le trató mal, aun espera algo mejor. Si en su casa hacen registro, encontrarán a montones, por Simón allí rendidos, multitud de corazones.

EL KASÓ LA MANTECA.

Buzón de la Redacción

Conde de Montecristo.—Le advertimos que, de ahora en adelante, sólo publicaremos sus trabajos firmados. ¡Queremos evitar camelos y plagios! Si usted quiere se publicarán con su pseudónimo. Pero envíenos la firma.

Xandali.—En este número no tuvo cabida su interesante artículo. Pero ¡aún quedan muchos números!

El Eco Escolar.
Número suelto: 10 cts.

Imprenta de El Salmantino.—P. de S. Isidro

Libros de texto

CUESTA OLMO

Plaza Mayor, 14

Rúa, 3

Gran Sastrería

de

Fidel Hernández

Confecciones esmeradas de toda clase de prendas de niño y caballero

Rúa, 30

Salamanca

RETRATOS ARTÍSTICOS :: ANSEDE Y JUANES ::

Librería CERVANTES.

Gran surtido en objetos para escritorio, novelas y obras literarias, libros de texto y artículos para colegios

Doctor Riesco, núm. 29.

Camisería LUCAS

Primera casa en artículos moda para caballeros. Artículos médicos PICRICADO :: ABRIGOS y GABARDINAS

Doctor Riesco, número 38 (Frente al Banco de España)

:: EMILIANO :: FOTOGRAFÍA PRIOR, 3 Y 5

HEINRICH GEISSER
Lecciones de Alemán e Inglés (Gramática y Correspondencia Comercial) Frontón de San Bernardo.

Demetrio Gómez García

Máquinas GRITZNER para coser. Rectilíneas para medias. Bicicletas. Motocicletas-sidecars. Piezas de recambio. Máquinas de escribir VOST. Material eléctrico. Bicicletas de alquiler. Taller de reparaciones. : DOCTOR RIESCO, 47.-SALAMANCA

La Casa Verde

CALLE DE ZAMORA, 3 (Frente al Café Suizo)

La más surtida y económica en confecciones para caballero y niño. No dejéis de visitarla.

Sastrería

CAMISERIA INGLESA

CORBAZAS FANTASIA. Guantes. Géneros de Punto. Equipos de novio.

ROPA BLANCA :: ABRIGOS :: BLUSAS

Casa Viñuela.-Plaza Mayor, 44 y 45

Librería de CALON

IMPRENTA PAPELERIA
MAQUINAS DE ESCRIBIR, ETC., ETC.

Plaza Mayor, 33 Salamanca

ALMACEN DE FERRETERIA,
HERRAMIENTAS Y CAMAS
::: Viuda de :::
Alipio Mediavilla
PLAZUELA DEL POETA IGLESIAS, 11
SALAMANCA

Cafés
Terminus y Suizo
Francisco Moretón

La Revoltosa

La casa mejor surtida en Calzados de Lujo y Económicos

Plaza del Mercado, núms. 1 y 3.

Café-Restaurant PARIS Prior, 9 y 11.

Se sirve a la carta. Menú variado diariamente. Se sirven bebidas, banquetes y lunches.

Casa Chapado

LA REINA GRAN HOSPEDAJE

Se admiten pupilos y se ofrecen habitaciones higiénicas

Ya empezó La matar... a Casa Marroquí: (Se dará un chicharrón a los lectores de Eco que lo deseen.)